

El día en que el Magno cayó

Clara Isabel Maldonado

Mi nombre es Pérfusus que significa el que inspira, el que dota, el que siembra, el que unge. Existí hace mucho, mucho tiempo, siglos o milenios, tanto que mi propio recuerdo se derrite en la niebla de la nada, del no ser. Quizás porque nunca fui . Pero algo que todavía queda dentro mío arrastra una oscuridad real y palpable, infinita, una oscuridad que ES y siempre ha estado conmigo, por todos estos siglos. Por eso sé que existí, así como existo ahora, con este cuerpo enfermizo y débil, con esta mente limitada que no cesa de preguntarse y cuestionar hasta enloquecerme. Existí entonces, y fui grande y poderoso, fui casi infinito, casi inmortal. Fui único: Fui Pérfusus, el Magno.

La tierra era muy diferente entonces. Los hombres también. Nuevos continentes aparecieron de la nada y otros se esfumaron debajo de las aguas, se angostaron o cambiaron de forma; había montañas que ahora ya no existen y los mares cubrían totalmente tierras ahora prósperas; había selvas y arboledas donde ahora hay desiertos. Algunos de estos cambios fueron naturales, algunos producto del error, la mala intención o la simple maldad de algunos hombres. Algunos fueron fatales e inevitables: terremotos, maremotos, la tierra misma agitándose en protesta a las múltiples vejaciones que le fueron hechas, la atmósfera luchando por sobrevivir inmaculada .

Algunos de estos cambios, sin embargo, fueron producidos por seres como aquel que yo solía ser : seres que podían cambiar el curso de los ríos, trasladar montañas, cambiar la forma de los cañones y las penínsulas, controlar el viento y el fuego... ¿Dioses? No, los dioses no habitan la tierra, en alguna parte del universo, desde donde están, quizás sí saben de su diminuta existencia , pero nunca la han habitado.

Sin embargo estos seres fueron en su tiempo considerados o confundidos como dioses por los hombres.

Yo tuve el poder de escoger quien habría de ser, mi forma y facultades. Y me hice poderoso y grande, para que nadie pudiera tocarme o destruirme. Para que nadie pudiera nunca lastimarme. Había visto demasiada destrucción. Yo también había sido niño un día, y en las aldeas de chozas con techos de paja donde vivíamos había visto mucha muerte y muchas tragedias, cuando los bárbaros venían a arrasar y quemar todo lo que encontraban, a vejar a las mujeres, a matar a los hombres, a abandonar a los niños. Y vi a mis padres morir delante de mis propios ojos, ahogados en su propia sangre mientras que yo, atado como un perro por el cuello, de cuclillas en el suelo, no pude hacer nada; y juré nunca, nunca más ser un ser débil y propenso a tales atropellos y humillaciones.

Y empecé a crecer, y crecí sin límites, sin oponentes, hasta que mi poder fue incalculable hasta para mí mismo. Podía cambiar la forma de las cosas, el tiempo y las estaciones a mi antojo, podía jugar con los destinos de los hombres y destruí a muchos que consideraba dañinos o injustos. Los bárbaros no volvieron a cruzarse en mi camino. El poder es como un licor dulce e incomparable, que embriaga y encegece, como el néctar del Olimpo, que turge hasta la saturación total de los sentidos. Perdí la visión, la compasión y la sensibilidad. Y un, día entre todos los viles, destruí a un hombre justo.

Mi fin se precipitó una mañana, cuando en medio de la niebla gruesa del desierto, cuando todavía hacía frío, en ese desierto sin fin donde en la planicie no se alcanza a divisar absolutamente nada más que la arena seca en cien mil millas a la redonda , apareció una roca inmensa. Yo no la había colocado allí, ni pudo haber surgido de la nada. Tuve que aproximarme a verla; nunca había contemplado tal fenómeno. Y al llegar pude ver a ese hombrecillo, semidesnudo, con una túnica que apenas lo cubría echada sobre los hombros, tan pequeño, tan frágil, como un triste insecto hambriento y delgado ante la inmensidad del desierto. Sentado encima de la roca, parecía meditar; o quizás, desde hace mucho tiempo, estaba allí simplemente esperándome.

Sus ojos eran transparentes, su semblante era joven, aunque tenía la piel como arrugada porque estaba casi pegada a sus huesos. Mi primer impulso fue hacerlo desaparecer, como se borra un mosquito, con el simple chasquido de mis dedos. Pero no pude hacer nada porque quedé atrapado por esa mirada transparente. Observé que no estaba sentado sobre la roca, si no que casi flotaba por encima de ella. ¿Quién era?

–Pérfusus – me dijo. Su voz era queda y musical, como los cantos de los pájaros que alguna vez escuché siendo niño, en otra vida. – Mira hasta dónde has llegado. Quieres aniquilar a un ser inocente sólo por tu sed de destrucción. Por tu necesidad de deshacerte de cualquier peligro, cualquier amenaza, por insignificante que parezca, que se presente en tu camino. Porque no puedes soportar ni admitir que algo pueda suceder fuera de tu control, como la existencia de esta triste roca en medio del desierto. Tú te hiciste lo que eres porque tienes miedo: miedo de caer, de ser herido, de ser vulnerable, miedo de equivocarte. Miedo de ser humano. Por eso te volviste infalible, poderoso, inhumano; Pérfusus, el único. Tienes poder absoluto y control sobre tu dominio y todo el que a él se aproxima; pero en el fondo, Pérfusus, eres como un niño, y tienes miedo.

No podía aceptar semejantes palabras, ver a este hombre diminuto, a quien tenía que agacharme para poder escuchar, un ser tan infame e intranscendente hablándome de esa manera a mí, que podía hacerlo desaparecer en un abrir y cerrar de ojos si lo hubiera querido. Alguien que había venido hasta mi camino con el único propósito de humillarme e insultarme. Yo había aniquilado a muchos hombres, es cierto. Pero eran bárbaros y criminales, eran imbéciles. Este hombre no era como ellos, y sin embargo, el ímpetu de destrucción me cegó. Quise destruirlo. Sin embargo él, sin inmutarse, siguió hablando.

– No, Pérfusus, no puedes destruirme hasta que lo que tengo que decir haya sido dicho:

«Con el poder que tú tienes puedes cambiar el curso de la historia, y sin embargo no sabes lo que puedes hacer, no conoces los límites de tu ceguera, con ese mismo poder puedes llevar a la destrucción de los hombres. Tu presencia sobre la tierra es demasiado perturbadora, los cambios que estás produciendo no están permitidos. Estás alterando el orden de las cosas y el balance de los seres vivos. Un sólo hombre, y sin embargo, tan lleno de sí mismo, que se ha olvidado de la cualidad única y principal, aquella cualidad que es la que me da vida, de la que me alimento: la compasión.

« Estoy aquí para decirte, Pérfusus, que te conozco desde antes que aparecieras en la tierra, desde cuando eras nada más que una pequeña oruga esperando ser crisálida, y he contemplado tu crecimiento, tu desarrollo, tu metamorfosis, y ha sido decidido que no puedes seguir este curso. Estoy aquí para ofrecerte una segunda oportunidad. Yo soy el Mahatma, el iluminado; te ofrezco que tomes mi mano ahora y sigas conmigo el camino de la compasión y el amor, y con nuestro poder unido al de aquel que me envía, podemos hacer maravillas en la tierra. De lo contrario, apenas concluya estas palabras, puedes destruirme. Pero te advierto que eso significará tu propia destrucción.

Pero yo ya no escuchaba esas palabras, la última frase del hombrecillo se confundió en un murmullo incomprensible, mi visión enrojecida sólo podía contemplar la ira que tomaba cuerpo delante, dentro y alrededor mío. Gotas de rabia corrían por mi frente, un sabor acre me llenó la visión: Sangre. ¡Cómo podía este hombre desnudo decirme lo que yo necesito, darme elecciones, indicarme qué camino a seguir! ¡ Yo soy Pérfusus, el Magno, yo sé lo que necesito y sé a donde voy, no hay nadie más poderoso que yo sobre la tierra!

Y con un sólo impulso de mi mente, lo aniquilé como a un insecto.

Sólo que el no desapareció simplemente, sino que su cuerpo se deshizo lentamente en una columna de humo, en una esencia, que era perfume y música al mismo tiempo, que era compasión, que era verdad, que era...¿*amor*? Que palabra más

extraña, resonaba en mi mente una y otra vez mientras contemplaba que a medida que la columna de humo ascendía al cielo limpio, completamente limpio a pesar de la niebla que lo cubría totalmente en la mañana, flores blancas comenzaban a nacer de la roca misma, de aquella roca muerta.

Y comprendí. No sé si poco a poco o con una súbita consciencia que me dolía, que me resonaba y se estrellaba contra las paredes de mi cerebro hasta que mi cabeza se sentía reventar.

Comprendí que había matado al Mahatma, al Dios hecho carne, al emisario de aquel que era el que me había mostrado el único camino.

Comprendí el sentido de la compasión, conocí de pronto el significado del amor, de aquellos que mueren en el intento de salvar a otros. El había muerto por salvarme, y el sabía que esto significaba su propia destrucción. ¡El, al quien yo había destruido, me amaba, desde el principio de los tiempos me amaba...!

Y no pude vivir ni un sólo segundo más con eso. Era un peso que me aplastaba la mente y el cuerpo, y, cerrando los ojos, por mi propia voluntad, hice que mi corazón se detuviera.

Allí donde cayó mi cuerpo no quedó nada, ni flores, ni esencia, ni música. Solamente una sombra negra, un vacío oscuro, una tiniebla infinita.

Estuve en el limbo, ese espacio intermedio, durante muchos siglos. Estuve en la nada, esperando, esperando, hasta que se me concedió la segunda oportunidad una vez más.

Y por eso estoy aquí, ahora, pero esta vez en el cuerpo débil y limitado de un hombre común y mediocre, a la merced de los devaneos de la vida y la voluntad de los más poderosos y los más ricos; en una época de guerras y corrupción, en una época donde los hombres son más limitados, pero aún no conocen sus límites ni el alcance

de sus errores. Con las manos lastimadas de un trabajador y un uniforme que debo lucir cada día mientras camino en la intemperie, a merced del clima incontrolable, junto a todos los otros hombres mediocres. Entre ellos yo me dejo llevar por la rutina, esperando, sabiendo que algún día seré llamado y mi poder volverá a mí, y recordaré mi nombre, y seré un instrumento en el cambio radical de la historia.

No sé cuando, no sé el lugar, no sé las circunstancias. Simplemente vivo consumido en la espera, sabiendo que si esta vez fracaso no habrá otra oportunidad más, que me espera una prisión con siete cerraduras al final.

Y mientras tanto, mientras esta certidumbre lucha en mi cerebro con esa otra voz que no cesa de repetirme que estas son sólo fantasías, un sueño, una pesadilla demencial, o el delirio absurdo de quien no se resigna a que esto es todo lo que se puede esperar de esta vida, que esto es todo lo que soy... Yo sigo esperando, y mientras espero sigo aprendiendo y practicando cada día la **compasión**.